



Mi lucha

La historia del
libro que marcó
el siglo XX

Sven Felix Kellerhoff

CRÍTICA

2. Band

SVEN FELIX KELLERHOFF

MI LUCHA
La historia del libro
que marcó el siglo xx

Traducción de Lara Cortés

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2016

Mein Kampf. El libro que marcó la historia del siglo XX
Sven Felix Kellerhof

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *MEIN KAMPF. Die Karriere eines deutschen Buches*

© Sven Felix Kellerhoff, 2015
© de la traducción, Lara Cortés, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-905-8
Depósito legal: B. 28.354 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Cayfosa

Índice

Introducción	7
El contenido	13
Un golpe de estado fallido - Una mirada retrospectiva a la infancia - La impronta de Viena - El traslado a Baviera - ¿La impronta de la guerra? - Propaganda - El camino hacia la política - La imagen del enemigo - El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán - La redundancia como principio - La bandera de la cruz gamada	
Los orígenes	47
Leyendas oficiales - ¿Qué papel desempeñó Heß? - Originales y borradores - Revisión - El segundo volumen	
Fuentes	59
Lecturas recomendadas - ¿Cómo leía Hitler? - El Hitler «inventado» por Dietrich Eckart - De segunda mano - Los protocolos de los sabios de Sión - Henry Ford - El tema de moda: la «higiene racial» - El «espacio vital»	

El odio hacia los judíos	77
El núcleo de su ideología - «El recuento de judíos» - Los judíos del entorno de Hitler - El Consejo de Soldados en Múnich - Una fatal «redención»	
Fiabilidad	91
Inexactitudes aceptables - Maquillar la realidad de forma consciente - ¿Unos modestos orígenes? - La caída - Huir del servicio militar obligatorio - ¿Una autorización real? - En el frente - En la retaguardia - La Cruz de Hierro - Un peligroso reproche - ¿El afiliado número 7?	
La crítica	119
¿Silencio absoluto? - Las primeras reseñas - Caído rápidamente en el olvido - ¿Había llegado el momento de hacer una parodia? - Un análisis comu- nista - Desde la <i>Weltbühne</i> - Hauptmann y Schneider - Lion Feuchtwanger	
Correcciones	145
¿Una obra actual o una fuente histórica? - La mejora de algunos detalles - Modificaciones del contenido - La legitimidad del tiranicidio	
La segunda parte	157
El problema del Tirol del Sur - Intentando salir de un aprieto - Espacios para las alianzas - Un proyecto fracasado - Una publicación póstuma	
Las ventas.	175
El <i>marketing</i> - Un fracaso editorial - El éxito de 1930 - El primer millón - La edición para bodas - Hitler para ciegos	

Los beneficios	189
Una situación precaria - «Para hacer dinero» - El conflicto con Hacienda - Una lujosa vivienda - Órdenes de arriba - Un multimillonario	
Los lectores	203
Dos encuestas - Pocos lectores hasta 1933 - ¿Una lectura escolar? - Un hambre saciada - Durante la guerra	
La aplicación del contenido.	219
«Un programa no modificable» - Contra «marxistas» y «judíos» - Una política exterior flexible - «La higiene racial» - Gaseamientos masivos	
En el extranjero.	235
Una ayuda profesional - La primera traducción - Críticas y éxitos - Los diplomáticos de Londres - Nuevas traducciones - En francés, no - Ediciones ilegales - Una selección matizada - En todo el mundo	
Polémicas	259
Una situación jurídica indiscutible - Juristas frente a historiadores - Con ayuda de la diplomacia - Comercializaciones no prohibidas - Ediciones que se pasaron por alto - Avance y retroceso	
El futuro	277
En Internet - Versiones de pago - ¿El final del mito?	
Apéndice	285
<i>Agradecimientos</i>	287
<i>Notas</i>	291
<i>Fuentes documentales y referencias bibliográficas</i>	331

El contenido

El editor del libro, quien había esperado, al parecer, un informe de sus experiencias con unos segundos términos y fondos sensacionales, quedó al principio muy desilusionado ante aquel cúmulo de aburrimiento rígido y de palabrería.

JOACHIM FEST, biógrafo de Hitler*¹

Un golpe de Estado fallido

Quien escribe un libro lo hace porque quiere informar a sus lectores, o bien entretenerlos, o bien ambas cosas. En cualquier caso, no debe renunciar a mantener cierto suspense que haga la lectura interesante y, en el mejor de los casos, provechosa. Por eso ningún autor comienza su obra contando el final, contando el fracaso palpable de su proyecto. Quien quiera relatar un golpe de estado se concentrará más bien en describir las circunstancias en las que fue tomando forma el plan del levantamiento, detallará cómo se ejecutó después, hablará del valor de los participantes, afeará a los enemigos su bajeza y, por último, celebrará el éxito cosechado o lamentará el trágico fracaso. Ningún escritor optaría por seguir otro camino. Ninguno, salvo Adolf Hitler.

«En cumplimiento del fallo dictado por el Tribunal Popular de Múnich, el 1.º de abril de 1924 debía comenzar mi reclusión en el presidio de Landsberg, sobre el Lech.» Así reza la primera frase de la primera página de *Mi lucha*. Al principio de esta obra en dos volúmenes se reconoce ya el fracaso, aunque también se ocultan algunos de sus aspectos: «Así se me presentaba, por primera vez después de muchos años de ininterrumpida labor, la posibilidad de iniciar una obra

* Traducción al castellano de Guillermo Raebel Guma, en Joachim Fest, *Hitler. Una biografía*, Planeta, Barcelona, 2012. (N. de la t.)

reclamada por muchos y que yo mismo consideraba útil a la causa nacionalsocialista». Hitler asegura haberse decidido a «exponer, no solo* los fines de nuestro movimiento, sino a delinear también un cuadro de su desarrollo». Desde el principio, hace una promesa a sus lectores: de ese cuadro «será posible aprender más que de cualquier otro estudio puramente doctrinario».

Su intención no es en modo alguno convencer de sus ideas a aquellas personas que hasta ese momento habían contemplado el nacionalsocialismo con indiferencia o, incluso, con escepticismo. De acuerdo con el prólogo del autor, *Mi lucha* no se dirige, en realidad, «a los extraños, sino a aquellos que, perteneciendo de corazón al movimiento, ansían penetrar más hondamente en la ideología nacionalsocialista». Es especialmente a ellos a los que Hitler puede llegar a través de esa instintiva forma de demagogia que caracteriza todos sus discursos y también su libro. Con el mismo concepto de oposición explica la elección del medio. Por una parte, Hitler subraya que «el progreso de todo movimiento trascendental en el mundo se debió generalmente más a grandes oradores que a grandes escritores». Por otra, constata: «Sin embargo, es indispensable que una doctrina quede expuesta en su parte esencial para poderla sostener y propagar de manera uniforme y sistemática».² Muchos de los lectores de su época, marcados casi en su totalidad por el cristianismo, debieron de encontrar un paralelismo entre estas frases y la Biblia: conocían las Sagradas Escrituras y sabían que no se debían poner en duda sus textos o, dicho de un modo más exacto, los evangelios que proclamaban los sacerdotes apelando a aquellos textos.

Tampoco cuando se avanza en el libro el suspense es mucho mayor. En la página siguiente aparecen, rodeados de una gruesa orla, los nombres de dieciséis hombres, «mártires» del movimiento nacionalsocialista. Catorce de ellos cayeron abatidos por los disparos de los

* En el original, «sólo». Por cuestiones de coherencia, al citar los pasajes de *Mi lucha* que corresponden a la traducción mencionada en la nota a pie de página que hemos incluido en la «Introducción» del presente libro, optaremos por aplicar las actuales recomendaciones de la RAE en cuanto a la escritura de las tildes. También corregiremos las numerosas erratas que aparecen en esa edición de 1937. (*N. de la t.*)

policías del estado de Baviera el 9 de noviembre de 1923, a mediodía, en la Residenzstraße de Múnich, cuando intentaban ejecutar, junto con unos dos mil compañeros de ideología y bajo las órdenes de Adolf Hitler, un absurdo plan: la «Marcha sobre Berlín». Un año después del éxito de los fascistas italianos, cuya simbólica «Marcha sobre Roma» provocó que se nombrara primer ministro al jefe de su partido, Benito Mussolini, los nacionalsocialistas alemanes quisieron hacerse con el poder del país —alzándose contra el gobierno democrático de la capital del Reich— y para ello aplicaron la misma estrategia. Aquel otoño, Hitler hablaba cada vez con más entusiasmo: anhelaba seguir el ejemplo de Mussolini, costara lo que costara. El 5 de septiembre de 1923 aseguró: «Solo hay dos posibilidades: ¡o Berlín marcha y acaba en Múnich o Múnich marcha y acaba en Berlín!».³ Tres semanas más tarde declaró ante un representante de la agencia estadounidense de noticias United Press: «Si Múnich no marcha en un momento dado sobre Berlín, será Berlín quien marche sobre Múnich». ⁴ Su amenaza se tomó bastante en serio, no solo en Múnich, sino también en Berlín. Hasta el *Washington Post* informó acerca del «líder bávaro de los nacionalistas Adolph Hittler». ⁵ Como se ve, aún no se tenía muy claro cómo se escribía su nombre...

El 8 de noviembre de 1923, en la víspera del quinto aniversario de la revolución en Alemania y de la abdicación del káiser, Hitler se decidió a ejecutar su plan. Partiendo de un análisis completamente equivocado de la situación, organizó el asalto armado de una reunión que estaban manteniendo en la cervecería Bürgerbräukeller los partidarios del gobierno bávaro reaccionario, bajo el comisario general del estado,* Gustav von Kahr. El jefe del Partido Nacionalsocialista disparó al techo y llamó a la «revolución alemana»: bajo su liderazgo, aseguró, se constituiría un nuevo gobierno que, partiendo de Baviera, conquistaría el poder en todo el país. «La tarea del gobierno nacional provisional en Alemania será emprender la marcha, con toda la fuerza de Baviera y con la fuerza añadida de todos los distritos alemanes, hacia esa Sodoma y Gomorra que es Berlín.»⁶ Hitler exigió a Kahr y

* Jefe del gobierno del estado federado, con competencias para controlar Baviera de forma prácticamente dictatorial. (*N. de la t.*)

a sus personas de confianza, allí presentes, que le diesen «su palabra de honor» de que lo apoyarían. Después, les dejó irse y organizó la ocupación de puntos estratégicos de Múnich —fundamentalmente consejerías, cuarteles y arsenales—. Sin embargo, la mayoría de los grupos no nacionalsocialistas y de personalidades de la capital bávara permanecieron quietos, a la expectativa. Kahr no se sintió obligado a mantener una promesa que había dado coaccionado por la violencia de las armas, así que organizó la resistencia. Se movilizó a las unidades policiales leales al gobierno y se obligó a los trabajadores de las distintas consejerías a que participasen en la defensa.

Cuando, a la mañana siguiente, Hitler se dio cuenta de que su intento de golpe de estado estaba condenado al fracaso, lanzó un llamamiento a sus partidarios para que marcharan en dirección al Templo de los Generales,* en un intento, tan desesperado como inútil, de impedir el inevitable fracaso. Los golpistas, armados, partieron de la Bürgerbräukeller y se precipitaron hacia el centro de la ciudad. En la Residenzstraße les salieron al paso varios uniformados. Hubo un intercambio de disparos y catorce de los insurgentes, además de cuatro policías, perdieron la vida. El golpe había acabado. Hitler, que se había luxado el hombro, se dio a la fuga y se escondió en casa de su protector Ernst Hanfstaengl. Profundamente afectado por su fracaso, llegó a pensar en el suicidio. Al final, en cambio, se dejó detener y encarcelar sin oponer resistencia. Un tribunal especial, sumamente comprensivo, lo condenó a la pena mínima prevista para el delito de alta traición: su intento de golpe de estado le valió cinco años de «honrosa» reclusión, con revisión de la pena a los seis meses.

Sin duda, el fracaso del golpe de estado, sus antecedentes y sus consecuencias habrían sido un material interesantísimo para una novela por entregas. Sin embargo, con excepción del prólogo y de la dedicatoria, además de alguna que otra alusión, en *Mi lucha* Hitler no vuelve a este episodio hasta la última página del segundo volumen, y

* El Templo de los Generales o Feldherrnhalle es un monumento de Múnich, construido en el siglo XIX, que durante el golpe de estado de 1923 se convirtió en escenario de enfrentamientos entre la policía bávara y los seguidores de Hitler. (*N. de la t.*)

lo hace con una clara determinación: «Omito relatar en este libro aquellos acontecimientos que precedieron al 8 de noviembre de 1923 y las consecuencias resultantes. Deliberadamente no lo hago, porque de ello nada constructivo se puede esperar para el porvenir* y porque, fundamentalmente, carece de sentido reabrir las heridas que apenas acaban de cicatrizar; también porque carece de sentido hablar de culpa en el caso de personas que tal vez amasen también a su pueblo en lo más profundo de su corazón, pero que, sencillamente, no encontraron o no entendieron el camino común». En lugar de ello, retoma la dedicatoria: «Al final del segundo volumen de mi obra quiero volver a esos dieciséis héroes a los que dediqué el primer volumen y presentárselos a los seguidores y defensores de nuestra doctrina como los héroes que, con plena conciencia, se sacrificaron por todos nosotros. Siempre servirán para recordar a los inconstantes y a los débiles que han de cumplir su obligación, una obligación a la que ellos mismos respondieron de buena fe y hasta las últimas consecuencias».⁷

Una mirada retrospectiva a la infancia

En lugar de ofrecer a su público una dosis de suspense en la descripción de su fracasado golpe de estado, Hitler empieza hablando de su propia historia. El primer capítulo lleva por título «En el hogar paterno». Que el lector encontrara interesantes estas vivencias, en lugar de correr espantado, era una tarea complicada. Sin embargo, el talento instintivo del autor para la retórica le permitió formular los primeros párrafos de una forma bastante atractiva: «Considero una predestinación feliz haber nacido en la pequeña ciudad de Branau sobre el Inn; Branau, situada precisamente en la frontera de esos dos estados alemanes cuya fusión se nos presenta —por lo menos a nosotros los jóvenes— como un cometido vital que bien merece realizarse a todo trance». Después de este párrafo, y tras una pausa que correspondería a la que se haría en un discurso público para tomar aliento, continúa: «La Austria germana debe volver al acervo común de la patria alema-

* A partir de este punto la traducción es nuestra. (*N. de la t.*)

na, y no por razón alguna de índole económica. No, de ningún modo, pues, aun cuando en el caso de que esa unión considerada económicamente fuese indiferente o resultase incluso perjudicial, debería llevarse a cabo a pesar de todo. Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común».⁸

Hitler había expresado una idea similar ya en la primera página del primer borrador de *Mi lucha*, escrito a máquina: «Me parece un feliz augurio que mi cuna...», rezaba aquel folio redactado a principios de mayo de 1924. Sin embargo, más adelante Hitler tachó aquellas palabras y las sustituyó por las siguientes: «Hoy no puedo sino sentir como un augurio feliz que mi cuna haya sido Branau. Esta pequeña ciudad se encuentra precisamente en la frontera de esos dos estados alemanes cuya fusión se nos presenta —por lo menos a nosotros los jóvenes— como un cometido vital verdaderamente sublime». El final del segundo párrafo era prácticamente idéntico al que se editaría más adelante. Incluía también la primera tesis central, cuando aún ni siquiera se había llegado a la mitad de la primera página del cuerpo de texto: «Pueblos con sangre común corresponden a una patria común».⁹

A partir de este inicio construido de forma bastante hábil, Hitler describe sus orígenes, supuestamente humildes; su infancia temprana, marcada por la identidad austro-germana, y su rechazo hacia «Francia, el enemigo de siempre». Ya en la segunda página aparece la primera de esas digresiones que son tan características de la obra. En este caso es en relación con un acontecimiento relativamente cercano al momento en que se escribió el libro: la ejecución, a finales de mayo de 1923, de Leo Schlageter —nacionalista y autor de varios atentados con bomba— por parte de los soldados franceses en la Renania ocupada. De ese modo, Hitler conecta con las expectativas de su público, que conoce la figura del «héroe nacional» Schlageter a través de numerosos relatos adornados con tintes románticos. Después, sin transición alguna, Hitler vuelve al tema de su casa paterna, de su infancia marcada por los diversos traslados de su padre, Alois Hitler, de su juventud en Linz tras la jubilación de este último y de los deseos que el progenitor albergaba para el futuro de su hijo: «Se había decidido que estudiase».¹⁰

Sin embargo, como parecía que el bachillerato de Humanidades no era el adecuado para el talento del pequeño Adolf, Alois lo inscribió en el bachillerato de Ciencias, con idea de que siguiese después una carrera como funcionario. Pero, de acuerdo con el relato de *Mi lucha*, aquello no era en modo alguno lo que quería el hijo: «Por primera vez en mi vida, cuando apenas contaba once años, debí oponerme a mi padre. Si él era inflexible en su propósito de realizar los planes que había previsto, no menos implacable y porfiado era su hijo para rechazar una idea que poco o nada le agradaba: ¡Yo no quería llegar a ser funcionario!* Ni los argumentos ni las advertencias “más serias” consiguieron modificar ni un ápice mi resistencia. ¡Yo no quería llegar a ser funcionario! ¡No, no y no!». Adolf se veía a sí mismo, al menos según cuenta, como artista o, más concretamente, como pintor. Sus aspiraciones irritaron al padre: «No mientras yo viva. ¡Jamás!»,** fue su respuesta, de acuerdo con lo que relató más tarde su hijo. Hitler explica con este conflicto de objetivos su escaso éxito en el instituto de bachillerato científico de Linz. Solo le interesaban dos materias: geografía e historia del mundo, asignaturas en las que él era «el sobresaliente» de su clase. Desde la distancia que le permite tomar el paso del tiempo, Hitler hace balance de sus años de escuela: «Cuando ahora, después de transcurridos tantos años, hago un balance retrospectivo de aquella época, dos hechos me resaltan como los más importantes: 1.º Me hice nacionalista. 2.º Aprendí a comprender y a apreciar la historia en su verdadero sentido».¹¹

En ese momento se produce la siguiente digresión, esta vez sobre la dinastía de los Habsburgo y la «antigua Austria». El hecho de crecer en un «estado de nacionalidades diversas» le había enseñado a distinguir entre «patriotismo dinástico» y «nacionalismo propio del pueblo»: «Desde aquel momento solo lo segundo existió para mí». Esta oposición llevó a Hitler —o así al menos lo contó él— a convertirse en un «joven revolucionario». A partir de su convicción de que «la seguridad inherente a la vida del germanismo suponía la destruc-

* A partir de este punto traducimos directamente del original, dado que este fragmento no se incluye en la edición en castellano de 1937. (*N. de la t.*)

** Traducción propia. (*N. de la t.*)

ción de Austria», extrajo una sencilla conclusión: «Amor ardiente para mi patria austro-alemana y odio profundo contra el estado Austríaco».¹² Sin embargo, aquello no le impidió mudarse, inmediatamente después de la muerte de su madre, ocurrida a finales de 1907 —el padre ya había fallecido de forma repentina cuatro años antes—, a Viena, la capital de aquel estado Austríaco que, en teoría, rechazaba con tanta vehemencia por aquella época.

La impronta de Viena

En el segundo capítulo, titulado «Las experiencias de mi vida en Viena»,* se describen los años que pasó Hitler en aquella ciudad, mientras que en el tercero se presentan las «reflexiones políticas sobre la época de mi permanencia en Viena». Ambos ocupan prácticamente un tercio del primer volumen. Hitler explica cómo llegó a la «base granítica» de su visión del mundo al abrir los ojos «frente a dos peligros que antes apenas si los conocía de nombre y que nunca pude pensar que llegasen a tener tan espeluznante trascendencia para la vida del pueblo alemán: el marxismo y el judaísmo».¹³ En una mezcla de relatos concretos acerca de su propia vida en Viena —en su mayoría, eso sí, inventados, como la supuesta época en la que trabajó como obrero de la construcción— y de conclusiones generales, desarrolla, diferenciándolos estrictamente del compromiso social burgués y socialdemócrata, los principios del «socialismo nacional», del que posteriormente surgiría el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Hitler los vincula entonces, inseparablemente, a una amalgama de recuerdos sentimentales del período en el que se dedicaba a pintar postales, aunque calla las verdaderas causas de la modesta vida que había escogido para sí. Cada vez que se llega a un punto en el que el lector no tiene más remedio que hacerse preguntas sobre lo que se está contando, el texto se pierde en explicaciones generales y en in-

* Así aparece en la edición en castellano aprobada por el Partido Nacionalsocialista. La traducción literal, no obstante, sería «Años de aprendizaje y sufrimiento en Viena». (*N. de la t.*)

sultos que, según los casos, se dirigen contra la burguesía, contra «los marxistas» o, más frecuentemente, contra «los judíos», como era de esperar. El segundo capítulo se cierra con una extensa disertación sobre la evolución de su autor hacia el antisemitismo radical. La impronta religiosa familiar se pone de manifiesto en el inesperado giro final de esta parte: «Por eso creo ahora que al defenderme del judío luché por la obra del Supremo Creador».¹⁴

El tercer capítulo profundiza y diversifica las convicciones que ya se han expuesto, fundamentalmente. Detalla el rechazo de Hitler a esa construcción a partir de múltiples pueblos que representaba para él la monarquía de los Habsburgo, caricaturiza el funcionamiento del Parlamento de Viena y ataca a la «opinión pública», el «pernicioso poder en el estado*» que fomentaba determinados pareceres, «y esto incluso tratándose de casos de una mixtificación completa de las aspiraciones y tendencias que, de no dudar, existían en el sentir de la comunidad». Aquella «opinión pública» estaba marcada por la «prensa diaria, brutal, capaz de toda villanía, que utiliza todos los medios para la calumnia y presenta** un virtuosismo único en el arte de mentir».¹⁵

Hitler dedica varias páginas a los antisemitas austríacos Karl Lueger y Georg Schönerer. Mientras que el primero tuvo bastante éxito, ya que durante trece años gobernó y modernizó Viena en calidad de alcalde, el segundo, que no solo era enemigo de los judíos, sino también nacionalista pangermanista, no consiguió atraer a un número relevante de seguidores. Hitler subraya, en cualquier caso, el fracaso de ambos: «Todo lo que Lueger emprendió en el terreno práctico, lo logró admirablemente; en cambio, no logró alcanzar lo que ansiaba como resultado. Schönerer no consiguió lo que deseaba, pero aquello que él temía se realizó en forma terrible. Así que ninguno de los dos llegó a coronar la finalidad perseguida. Lueger no pudo salvar la monarquía austríaca, ni Schönerer librar al germanismo en Austria de la ruina que le esperaba».¹⁶ Con estas palabras, Hitler

* Las palabras «en el estado» se añaden para corregir una omisión de la traducción de 1937. (*N. de la t.*)

** Las palabras «que utiliza todos los medios para la calumnia y presenta» se añaden para corregir una omisión de la traducción de 1937. (*N. de la t.*)

aclara que su aspiración es aplicar una política *völkisch** y nacionalista siguiendo la estela de Schönerer y Lueger, pero que, a diferencia de ellos, lo hará de una forma correcta.

El traslado a Baviera

En cualquier caso, aquello no ocurriría en Austria, sino en Alemania, o, más concretamente, en Baviera. El cuarto capítulo lleva el sencillo título de «Múnich» y describe de una forma muy libre cómo Hitler se trasladó al otro lado de la frontera en mayo de 1913, así como los meses que siguieron hasta el estallido de la guerra mundial. Sin embargo, no dice nada acerca del verdadero motivo de su mudanza. No explica que huyó para no tener que prestar el servicio militar obligatorio en el ejército austrohúngaro. En lugar de ello, se dedica a cantar alabanzas a la «metrópolis del arte alemán». Asegura, lleno de ilusión, que «quien no conozca Múnich no podrá decir que ha visto Alemania. En modo alguno. Pero es que tampoco se conoce el arte alemán si no se ha visto Múnich». ** Según afirma en el libro, aquella fue la época más hermosa de su vida: «Y si hoy tengo predilección por Múnich, como por ningún otro lugar en el mundo, es sin duda porque esa ciudad está indisolublemente ligada a la evolución de mi propia vida».¹⁷

Al igual que en los capítulos anteriores, los episodios autobiográficos, contados rápidamente, sirven de marco para las reflexiones políticas generales. Con el traslado a Alemania, Austria no desaparece del todo del horizonte. De hecho, en este punto se aborda especialmente la política exterior del imperio de los Hohenzollern y, sobre todo, sus «falsas» alianzas. Con ello Hitler se refería, en primer lugar, a la estrecha relación con respecto al odiado estado plurinacional de la dinastía de los Habsburgo, que no podía sino molestarle, máxime

* Término derivado del sustantivo *Volk* (en alemán, «pueblo») que designa un movimiento conservador con origen en el nacionalismo romántico. En él se hacía especial hincapié en las diferencias étnicas que existen entre los pueblos. Estuvo muy relacionado con el nacimiento del nacionalsocialismo. (*N. de la t.*)

** Traducción propia. (*N. de la t.*)

si se tiene en cuenta que consideraba que los únicos aliados de confianza con los que se contaba en Austria eran los alemanes que residían en ella, muy diferentes de los húngaros, de los distintos pueblos eslavos y, naturalmente, de «los judíos». La verdad es que antes de 1914 el gobierno de Guillermo II había demostrado una lealtad incondicional al Imperio Austrohúngaro, aunque también es cierto que en los años inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial no le había quedado otra alternativa: los conflictos de intereses entre Alemania y el resto de potencias europeas —no solo el «enemigo de siempre», esto es, Francia, sino también el imperio internacional que constituía Gran Bretaña, así como Rusia, el atrasado poder continental— habían adquirido una dimensión desmedida. Y aunque la situación político-estratégica no tenía por qué conducir forzosamente a una gran guerra europea, el enfrentamiento militar con alguno de esos estados parecía más que probable. Hitler ni siquiera se planteaba la posibilidad de provocar conflictos militares limitados, como en los tiempos de Bismarck: para él, la eterna lucha era el estado normal de las naciones. La estabilidad de la política interna y la delimitación de las fronteras externas no le interesaban en absoluto. Lo suyo eran las «leyes eternas de la voluntad de preservación», que eran muy sencillas: «La especie más fuerte expulsará a los débiles». La «humanidad de los individuos» no tiene ninguna importancia. Solo cuenta la «humanidad de la naturaleza», que «aniquila a los débiles para dejar espacio a los fuertes».* Aquella era una versión muy simplificada de las teorías políticas que tan populares se habían hecho entre finales del siglo XIX y principios del XX: la aplicación de las conclusiones biológicas del investigador de la evolución Charles Darwin a las sociedades humanas. Pero Hitler va más allá en este darwinismo social al asegurar que la obtención de espacio vital** era algo imprescindible, un efecto supuestamente inevitable del crecimiento de la población: «Alemania cuenta anualmente con un aumento de población que asciende, más o menos, a 900.000 almas, de manera que la dificultad de

* Traducción propia. (*N. de la t.*)

** En el original, *Lebensraum*, concepto fundamental del nacionalsocialismo. (*N. de la t.*)

abastecer la subsistencia de este ejército de nuevos súbditos tiene que ser año tras año mayor, para acabar un día catastróficamente si es que no se sabe encontrar los medios de prevenir a tiempo el peligro del hambre». Para resolver este problema, en *Mi lucha* señala cuatro posibles «caminos de la política alemana».

El primero es el del control estatal de la natalidad, siguiendo lo que ya se estaba aplicando en Francia. Se trata de «restringir artificialmente la natalidad y de este modo evitar una superpoblación». Hitler tiene razón al observar que, de acuerdo con los análisis estadísticos, la tasa de nacimientos entre las francesas antes de la primera guerra mundial era claramente inferior a la de las alemanas, con menos de dos niños por mujer. Y, de hecho, la demografía se desarrolló de un modo diferente en uno y otro país: mientras que entre 1870 y 1911 la población alemana aumentó en más de un 50 %, pasando de 40,8 a 65,4 millones, el número de franceses apenas pasó en el mismo período de 38,2 a 41,4 millones, lo que supone un incremento que no llega ni al 10 %. Sin embargo, ninguna política oficial del gobierno galo tuvo nada que ver con esta evolución. Todo lo contrario: el escaso crecimiento demográfico se contemplaba como una desventaja estratégica frente a Alemania. En cualquier caso, Hitler no considera que el control de la natalidad sea una posible solución para la catástrofe de la hambruna supuestamente inminente: «Esto quiere decir que quien crea asegurarle la existencia al pueblo alemán por medio de una limitación voluntaria de la natalidad automáticamente le roba a este el porvenir».¹⁸

El segundo camino es el de la «colonización interior». Con este término, Hitler se refiere a la implantación de una explotación más eficiente de las superficies agrícolas disponibles y al aumento de la densidad de la población, es decir, a la tendencia del crecimiento de las ciudades. Para él esta vía no representa una alternativa, ya que contradice sus ideas tomadas del darwinismo social: «No obstante, para nosotros, los alemanes, la consigna de la “colonización interior” es fatal, porque refuerza la creencia de que se ha encontrado una forma legítima, de acuerdo con las ideas pacifistas, de “ganarse con el trabajo” una plácida y reposada vida». Quien difunde «tales razonamientos, que suponen un peligro mortal» es el enemigo natural de

todo lo alemán: «el judío». Y quien acepte esas ideas está sepultando la posibilidad de aplicar una «política exterior realmente provechosa» y «con ella, el futuro del pueblo alemán».*¹⁹

Así pues, Hitler está convencido de que hay que descartar los dos primeros «posibles caminos para la política alemana». Pero quedan otros dos: «Se pudo adquirir nuevos territorios para ubicar allí anualmente el superávit de millones de habitantes y de este modo mantener la nación sobre la base de la propia subsistencia. O bien decidirse a hacer que nuestra industria y nuestro comercio produzcan para el consumo extranjero, dando la posibilidad de vivir a costa de los beneficios resultantes». A estas dos soluciones al problema demográfico las denomina «la política territorial o la política colonial y comercial». El imperio de los Hohenzollern se había decidido por la última —y aquí vuelve Hitler al verdadero tema de la digresión del capítulo sobre Múnich—: «La más conveniente de ambas hubiera sido la primera».²⁰ Sin embargo, una «política territorial de este tipo no puede aplicarse, por ejemplo, en Camerún, sino que hoy solo resulta posible casi exclusivamente en Europa».*** Las colonias en África, Asia o el Pacífico no solucionan nada: «En consecuencia, la única posibilidad hacia la realización de una sana política territorial radicaba para Alemania en la adquisición de nuevas tierras en el continente mismo», aun a costa de «una tenaz lucha».²¹

Para ello, el Reich necesita contar con un aliado. Preferiblemente Gran Bretaña. En ningún caso, desde luego, el Imperio Austrohúngaro. Con tal de sellar tal alianza entre la potencia marítima y la —como mínimo— segunda potencia terrestre de Europa, Hitler habría estado dispuesto a sacrificar mucho de lo que antes de la primera guerra mundial se había contemplado como un símbolo de la ambición alemana de conseguir un «lugar bajo el sol»:*** «Renunciar al

* Las traducciones de los fragmentos de este párrafo son propias. (*N. de la t.*)

** Traducción propia. (*N. de la t.*)

*** En 1897 el secretario de Asuntos Exteriores de Alemania, Bernhard von Bülow, reclamó en un discurso el derecho que tenía Alemania de disfrutar, como las demás potencias, de su lugar bajo el sol, es decir, de contar con colonias y de expandirse por el mundo. (*N. de la t.*)

comercio mundial y a las colonias, renunciar a una marina alemana de guerra y concentrar, en cambio, toda la potencia del estado en el ejército de tierra».* Es consciente de lo radical que es su propuesta: «Naturalmente que la consecuencia podría haber sido una momentánea limitación, pero se hubiera tenido la garantía de un porvenir grande y poderoso».**²² Aquella división del mundo entre dos, el reparto con el imperio británico, era el escenario que deseaba Hitler. Sin embargo, el *Führer* nunca se dio cuenta de que su idea era incompatible con la tradición del Reino Unido, que siempre buscaba mantener un equilibrio de fuerzas entre varias potencias, en lo posible cinco o seis. Por eso, tampoco se dio cuenta de que aquella idea ni siquiera se llegaría a debatir. La alternativa a una alianza con Gran Bretaña —el entendimiento con Rusia frente a la potencia mundial inglesa— habría sido posible en teoría, pero, dado que implicaba la alianza de dos potencias continentales, resultaría bastante más difícil.

Después de este profuso análisis geoestratégico, Hitler vuelve a sus reflexiones acerca de la política interna alemana, especialmente acerca de la legislación contra el socialismo que se adoptó en los tiempos de Bismarck. La «lucha contra el marxismo», como ya había afirmado en el capítulo sobre Viena, es decisiva. En este punto introduce un nuevo matiz en su convicción: «El problema capital para el porvenir de Alemania residía en la destrucción del marxismo». Según *Mi lucha*, hasta la política de alianzas aplicada por el gobierno de Berlín era uno de los efectos indirectos de la agitación marxista, simple y llanamente «una de las muchas consecuencias derivadas de la obra disociadora de esta doctrina». Esta percepción parece sorprendente si se tiene en cuenta la política internacionalista y contraria a la lealtad incondicional a la casa imperial de Viena por la que abogó el Partido Socialdemócrata (SPD) antes de la guerra. Pero Hitler defiende su tesis utilizando un argumento clásico de las teorías de la conspiración: «Lo espeluznante era precisamente el hecho de que el veneno marxista estaba minando casi insensiblemente la totalidad de los principios básicos propios de una sana concepción del estado y de

* Traducción propia. (*N. de la t.*)

** Traducción propia. (*N. de la t.*)

la economía nacional, sin que los afectados mismos se percatasen en lo más mínimo del grado extremo en que su proceder no era ya otra cosa que el reflejo de esa ideología que solía impugnarse enérgicamente». ²³ Con esto se cierra, bruscamente, el capítulo sobre Múnich.

¿La impronta de la guerra?

En el quinto capítulo («La guerra mundial»), Hitler entra de lleno en el terreno de las experiencias directas de la mayoría de sus lectores potenciales. Sin embargo, pese a que los años transcurridos entre 1914 y 1918 dejaron una profunda impronta en casi todos sus contemporáneos, esta parte del libro es relativamente corta: apenas veintuna páginas. Esta brevedad que presenta aquí *Mi lucha* contrasta con el auténtico aluvión de recuerdos de guerra que era la tónica dominante en el mercado editorial de los años veinte. Hitler relata los antecedentes de la crisis de julio, desencadenada por el atentado cometido en Sarajevo contra el archiduque Francisco Fernando, «amigo de los eslavos». También habla de su percepción de la *Augusterlebnis*,* del entusiasmo bélico del pueblo alemán en el verano de 1914. Un entusiasmo supuestamente ilimitado y que en apenas unas semanas se había convertido en un mito. De hecho, en el apartado «La lucha alemana por la libertad» escribe: «Sentí aquellas horas como una liberación de los enojosos sentimientos de la juventud». Y continúa asegurando: «No me avergüenzo de reconocer que, dominado por un vivo entusiasmo, me arrodillé y agradecí de todo corazón al cielo que me hubiese concedido la fortuna de haber vivido en aquella época». ^{**24}

Inmediatamente se alistó como voluntario, aunque explica lo ocurrido de una manera muy libre. Pronto se incorporó como austro-germano al ejército bávaro, pero no explica por qué luchó en el bando del odiado imperio de los Habsburgo, combatiendo no solo a Francia

* Literalmente, la «experiencia de agosto». Fue el término acuñado en aquella época para referirse al entusiasmo general que, supuestamente, se sentía en Alemania ante la inminente guerra mundial. (*N. de la t.*)

** Traducción propia. (*N. de la t.*)

y Rusia, sino también a Gran Bretaña. En lugar de detenerse a reflexionar al respecto —algo necesario, en vista de las afirmaciones que había hecho hasta ese momento—, se dedica a describir, en apenas una página y media, su primer y único combate. Después se pierde en consideraciones generales sobre la vida del soldado. No aparecen comentarios más concretos sobre su propia intervención en el frente. Hitler debía de ser consciente de esta carencia, pero la enmascara con explicaciones acerca de la actuación de los «marxistas» durante la guerra y con reflexiones sobre la necesidad de combatir una ideología enemiga no mediante la «mera violencia», sino mediante las propias convicciones: «Todo intento de combatir una tendencia ideológica por medio de la violencia está predestinado al fracaso, a menos que la lucha no haya asumido el carácter de agresión en pro de una nueva concepción espiritual. Solo cuando están en abierta lucha dos ideologías puede el recurso a la fuerza bruta, empleada con persistencia y sin contemporización alguna, lograr la decisión en favor de la parte a la cual sirve». Ahí radicaba la causa del fracaso de todas las medidas antimarxistas adoptadas hasta entonces en Alemania y «la razón por la que falló y debió fallar a la postre la legislación de Bismarck en materia de socialismo. Se carecía de la plataforma de una nueva concepción ideológica por cuyo éxito se habría podido empeñar la lucha; pues, aquello de creer que la llamada «autoridad del Estado» o el lema «tranquilidad y orden» constituían la base apropiada para impulsar ideológicamente una lucha de vida o muerte podía solo caber en la proverbial “sabiduría” de altos funcionarios ministeriales».²⁵

Según asegura más adelante, esta era ya su convicción «mucho antes de la guerra». De ese modo enlaza con el relato autobiográfico del quinto capítulo. Explica que nunca había militado en ninguno de los partidos políticos existentes porque no encontraba en ellos un «movimiento de opinión que fuese algo más que un simple partido “parlamentario”, para «empeñar resueltamente la lucha contra la socialdemocracia». Es lo que manifestó de forma abierta ante sus compañeros. Y, según parece, aquella manifestación suya tuvo consecuencias: «Por primera vez surgió entonces en mi mente la idea de que un día me ocuparía tal vez de política. Y este fue justamente el motivo por el cual yo reiteraba en el pequeño círculo de mis amigos el propósito de que,

pasada la guerra, actuaría como orador político, sin perjuicio de atender a mi trabajo profesional». Con una frase más, Hitler refuerza el efecto de este pretendido anuncio: «Creo que hablaba muy en serio».*²⁶

Propaganda

«Orador»: esa es la palabra clave del siguiente capítulo, que, aunque solo ocupa doce páginas, merece una especial atención. Bajo el título «Propaganda de guerra», Hitler expone sus conclusiones acerca de la influencia que ejercieron los bandos de la contienda sobre las masas. Y hasta los críticos más acérrimos de *Mi lucha* coincidieron en considerar esta parte como la más interesante de todo el libro.²⁷ Porque Hitler habla aquí abiertamente, sin tapujos: «Durante la guerra, la propaganda era un medio para alcanzar el fin, y el fin era luchar por la existencia del pueblo alemán. Por eso, la propaganda solo podía juzgarse a partir de los principios válidos en ese contexto».** Cualquiera valor estaba subordinado a este fin: «Según eso, las armas más crueles eran humanas, si es que su empleo determinaba la pronta consecución de la victoria; y en este orden buenos eran solo aquellos métodos capaces de contribuir a asegurarle a la nación la dignidad de su soberanía». Con la misma franqueza señala quién debe ser el objetivo de tales esfuerzos: «¿A quién ha de dirigirse la propaganda? ¿A la intelectualidad científica o a las masas, menos formadas? ¡Siempre deberá dirigirse exclusivamente a las masas! La propaganda no está pensada para la intelectualidad o para lo que hoy, desgraciadamente, se suele considerar como tal».**²⁸

Sorprende lo certero de estas afirmaciones, pese a que es evidente que Hitler no las expone de un modo reflexivo, sino instintivo. «La capacidad receptiva de la gran masa es sumamente limitada y no menos pequeña su facultad de comprensión; en cambio, es enorme su falta de memoria», añade. Por eso, para que una propaganda sea eficaz,

* La traducción de la última frase es propia. (*N. de la t.*)

** Traducción propia. (*N. de la t.*)

*** Traducción propia. (*N. de la t.*)

deberá concentrarse en unos pocos puntos, que habrá que repetir como consignas, «hasta que el último hijo del pueblo pueda formarse una idea de aquello que se persigue». Esa era precisamente la receta que estaba detrás de la mayoría de los discursos que pronunció tanto antes como después de escribir *Mi lucha* —discursos que, por otra parte, casi siempre improvisaba, inspirándose en una lista de palabras clave que llevaba consigo—. Como ejemplo, Hitler menciona la eficaz propaganda que desplegaron Gran Bretaña y Estados Unidos durante la primera guerra mundial. En ella, se presentaba a los alemanes como «hunos» o «bárbaros», lo cual tuvo importantes consecuencias, ya que los propios soldados tuvieron ocasión de confirmar aquella imagen cuando estaban luchando en el frente: «El arma más temeraria que hubiera podido emplearse contra ellos no les debía entonces parecer más que una comprobación de lo ya oído, acrecentándose de este modo su fe en la rectitud de las apreciaciones de su gobierno y ahondando por otra parte su furor y su odio contra el enemigo maldito». Frente a todo aquello, la propaganda alemana había supuesto un fracaso «debido a que no se hizo ni un solo análisis psicológico certero».*²⁹

Manteniendo esta lógica, en el siguiente capítulo (el séptimo), Hitler culpa a la propaganda aliada de haber tenido una responsabilidad fundamental en la «revolución» de 1918, que conllevó, una vez más, el desmoronamiento de los frentes y la derrota. Pero al hacerlo confunde las causas con las consecuencias. Según él, entre los soldados alemanes cundió el desánimo por culpa de las «cartas quejumbrosas» llegadas desde la patria y de las octavillas lanzadas desde los aviones enemigos, en las que se describía la miseria que se vivía en sus hogares. Analiza con desprecio cómo en 1916 cambió de forma generalizada la moral de la patria. Salta a la vista que ni se le pasa por la cabeza pensar que las verdaderas causas de aquel cambio —que, eso sí, describe con acierto— no radicaban en unas consignas propagandísticas falsas, sino en los problemas de suministro, que pronto dieron lugar a una verdadera hambruna, especialmente en las grandes ciudades.³⁰ En lugar de reconocerlo, asegura que los «marxistas» y, cómo no, los «judíos» se aprovecharon de la situación. Sostiene que

* Traducción propia. (*N. de la t.*)

Alemania estuvo a punto de ganar la guerra gracias a la ofensiva de 1918, pero que en aquel momento «se recurrió a un medio que parecía adecuado para sofocar de un golpe el ataque alemán de primavera, para imposibilitar la victoria: ¡se organizó la huelga de municiones!». ^{*31} La verdad es que esta exposición de los hechos tiene poco que ver con la realidad, ya que a partir de finales de enero los trabajadores de las fábricas de armamento de Berlín, Múnich y otras ciudades rara vez pasaron más de dos días en huelga. Además, desde el 6 de febrero de 1918 la producción se retomó a pleno rendimiento casi en todas las plantas. A esto hay que añadir que la ofensiva del noreste de Francia no empezó hasta seis semanas más tarde.

Alterando claramente el orden real de los acontecimientos, *Mi lucha* adorna los antecedentes de la revolución. Asegura que tras la capitulación de Rusia, recién dominada por los bolcheviques, los Aliados estaban derrotados: «De repente, los señores perdieron su descaro. Poco a poco, fueron comprendiendo algo aterrador. Su opinión sobre el soldado alemán había cambiado. Si hasta entonces podían haber visto en él a un loco condenado a la derrota, en aquel momento empezaron a contemplarlo como el destructor del aliado ruso». ^{**} Según su relato, cuando los soldados rasos franceses y británicos estaban ya dudando de sus posibilidades, la huelga de los trabajadores de la munición cambió los ánimos en Alemania: «En los pueblos enemigos reconfortó la fe en la victoria eliminando la desesperación enervante que cundía en el frente aliado». «Miles de soldados alemanes» tuvieron que pagarlo con sus vidas. ³²

O con su vista, como le pasó a Hitler durante un tiempo: a mediados de octubre de 1918, mientras en la patria los «miserables granujas del partido, traidores del pueblo» minaban la supuesta firmeza de la población, él se encontraba en el frente de Bélgica, «en medio de un incesante ataque de granadas de gas que duró varias horas». ^{***} La artillería francesa disparó entonces iperita, un veneno de contacto que contiene azufre y que, aunque solo acabó con la vida de una can-

* Traducción propia. (*N. de la t.*)

** Traducción propia. (*N. de la t.*)

*** Traducción propia (*N. de la t.*)

tividad relativamente baja de soldados, causó en las tropas enemigas lesiones en la piel, especialmente en las mucosas, y un terrible sufrimiento. «Al amanecer, también yo fui presa de terribles dolores, que de cuarto en cuarto de hora se hacían más intensos. A las siete de la mañana, tropezando y tambaleándome, con los ojos ardiendo,* me dirigía hacia la retaguardia llevando aún mi último parte del campo de batalla. Algunas horas más tarde mis ojos estaban convertidos en ascuas y las tinieblas dominaban en torno mío». El soldado de primera Adolf Hitler fue ingresado en el hospital militar de Pasewalk, en Pomerania. Según su propia descripción de los hechos, cuando acababa de experimentar una ligera mejoría y podía ya «distinguir vagamente los contornos de los objetos», estalló la revolución.³³

El 10 de noviembre de 1918, un sacerdote informó a los pacientes de aquel centro hospitalario de que la casa de los Hohenzollern había abdicado la víspera y se había proclamado la república. Veinticuatro horas más tarde, la noticia del armisticio desató la mayor de las cóleras en Hitler: «Todo había sido, pues, inútil; en vano todos los sacrificios y todas las privaciones; inútiles los tormentos del hambre y de la sed durante meses interminables; inútiles también todas aquellas horas en que, entre las garras de la muerte, cumplíamos, a pesar de todo, nuestro deber; infructuoso, en fin, el sacrificio de dos millones de vidas. ¿No deberían abrirse las tumbas de los cientos de miles de hombres que, creyendo en la patria, habían partido a la guerra para nunca más volver?».** El *Führer* culpó de todo aquello al «marxismo» y, por supuesto, a «los judíos». El dolor de sus ojos lesionados no era nada frente a la desesperación por la capitulación *de facto*. Hitler escribe: «Durante aquellas vigiliias germinó en mí el odio contra los promotores del desastre». De repente, su propio futuro le pareció insignificante, en comparación con el destino de Alemania. Y sintió que aquello confirmaba las inquietudes que, según aseguraba, ya había sentido en el pasado: «Al fin comprendí que había ocurrido lo que

* «Con los ojos ardiendo» se ha añadido para corregir una omisión en la traducción de 1937. (*N. de la t.*)

** La traducción de la última frase es propia. (*N. de la t.*)

tanto había temido y que, instintivamente, nunca pude creer».* Aquellas horas amargas, según consta en *Mi lucha*, fueron el punto de inflexión en la vida de Adolf Hitler: «¡Había decidido dedicarme a la política!».³⁴

El camino hacia la política

Los dos capítulos siguientes, titulados «La iniciación de mi actividad política» y «El Partido Obrero Alemán» (precursor directo del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán), son los más breves del primer volumen. Mientras que en el noveno capítulo se exponen —aunque de un modo poco fiel a la realidad— los primeros contactos de Hitler con aquel pequeño grupo político de Múnich y, más concretamente, su acercamiento a él y su posterior afiliación, los episodios autobiográficos del octavo capítulo son, fundamentalmente, el marco de una digresión sobre «los programáticos y los políticos», los dos tipos fundamentales de activistas de partido. A través de sus reacciones ante una ponencia del ideólogo *völkisch* Gottfried Feder sobre cuestiones económicas, Hitler explica la diferencia que, en su opinión, existe entre ambos: «El programático de un movimiento establece el objetivo del mismo; el político aspira a realizarlo».** Por eso, el primero «se subordina en su modo de pensar a la verdad eterna», mientras que el segundo somete su manera de obrar «a la realidad práctica». En esencia, esta diferenciación entre programáticos y políticos se corresponde con la que existe entre teorizantes y prácticos, aun cuando no se llegue a expresar de una forma tan evidente en *Mi lucha*. La idea queda aún más clara en dos frases con las que Hitler deja patente la idea que tenía de sí mismo: «A lo largo de extensos períodos de la humanidad puede ocurrir que el político se case con el programático. Cuanto más íntima sea esta fusión, mayor será la resistencia que surja ante el obrar del político».**³⁵

* Traducción propia. (*N. de la t.*)

** Traducción propia. (*N. de la t.*)

*** Traducción propia. (*N. de la t.*)